

¡A LA GUERRA!

La madre que parió a los Cien Mil Hijos de San Luis

¿Cuál es el santo más fecundo del mundo? San Luis, el de los Cien Mil Hijos, y todos ellos, a la vez, comenzaron a invadir España el 7 de abril de 1823. Quienes se han dedicado a contarlos dicen que eso de cien mil es una fanfarronada, porque solo eran noventa y cinco mil y pocos. Exactamente, 95.062. Da igual. Para el caso es lo mismo. Vinieron en ayuda del mastuerzo de Fernando VII, que había pedido ayuda a su tío francés Luis XVIII. «Tío... títo... que mis malditos súbditos quieren que acate una Constitución... échame un cable, anda...». Y su tío le dijo: «Tranquilo, sobrino, voy para allá».

Antes de continuar, una aclaración. A partir de este momento y a lo largo de todo el libro, la mención del nefasto Fernando VII irá siempre acompañada de un adjetivo descalificativo. Es el particular homenaje en 2012 (año de edición de este libro) al bicentenario de La Pepa, aquel primer intento constitucional que pretendió librarnos de ser súbditos para convertirnos en ciudadanos. El ruín de Fernando VII lo impidió... y así nos ha ido.

Al lío.

Atendiendo a la llamada de socorro del pérfido Fernando VII, Luis XVIII anunció a las Cámaras francesas que cien mil franceses estaban dispuestos a marchar invocando a San Luis para conservar en el trono de España a un nieto de Enrique IV. El nieto era el rufián Fernando VII, y el abuelo, el primer Borbón francés. Que además

no era su abuelo, sino mucho más allá de tatarabuelo. Pero bueno, es un detalle sin importancia. Todos eran borbones.

A los franceses de a pie no es que les cayera muy bien la idea de invadir España, porque ya habían acabado hasta el gorro de tanta guerra con Napoleón como para meterse en otra, pero al final se impuso el santo empeño del rey.

Y si hartos estaban los galos, más hartos estaban los españoles. Hacía solo diez años que nos habíamos librado del Bonaparte, y otra vez los franceses encima. Por eso cuando aquel 7 de abril atravesaron los Pirineos, los primeros destacamentos de los Cien Mil Hijos de San Luis, más que una invasión fue un paseo militar. Salvo los liberales más concienciados, nadie plantó cara. Los españoles veían pasar franceses como quien oye llover. Y encima traían órdenes de portarse muy bien con la población y de ir siempre muy bien arregladitos y aseados. ¿Han oído eso de «Eres más bonito que un San Luis»? Pues viene de entonces, de la buena impresión que dejaron los Cien Mil Hijos.

Vista la desidia, a los constitucionalistas no les quedó más remedio que poner tierra de por medio. Se llevaron el Gobierno de Madrid a Sevilla, y de Sevilla a Cádiz... y porque en Cádiz se acababa España y ya solo quedaba batallar. Si no nos separara de África el estrecho de Gibraltar, los liberales habrían acabado en Ciudad del Cabo huyendo de la prole francesa.

Y hasta Cádiz llegaron los Cien Mil Hijos de San Luis.

El 30 de septiembre de 1823 las Cortes de Cádiz tuvieron que rendirse, liberar al patán de Fernando VII y devolverle su absolutismo para que hiciera lo que le viniera en gana. No se pudo hacer otra cosa, porque los diputados estaban sitiados por tierra y por mar y Cádiz recibiendo bombardeos por los cuatro costados. Aquel fue el día en que Cádiz se acordó de la madre que trajo al mundo a aquellos cien mil hijos.

En los años previos a aquel mal día, las Cortes habían atado corto al rey porque era un peligro público en cuanto lo dejaban suelto. En su momento juró acatar la Constitución de 1812, pero en cuanto los diputados se daban la vuelta, se retractaba y decía que eso de los dere-

chos constitucionales era una auténtica chorrada. Por eso, allá donde iba el Gobierno también iba el tarugo de Fernando VII.

Y en poder de las Cortes estaba el rey cuando aquel 30 de septiembre claudicaron ante los Cien Mil Hijos. Aceptaron liberarlo y, aunque no estaban como para poner condiciones a su rendición, las pusieron: lo harían si el Borbón firmaba que se olvidaría de todo y que no se tomaría la revancha. El falaz Fernando VII dijo que sí, que dónde había que firmar, y días después, tal y como era su costumbre, de lo dicho nada de nada.

La emprendió con los liberales, y España entró en la famosa Década Ominosa, aciaga... fatal. Y porque el cenutrio del rey se murió; si no, en vez de una década siniestra hubiéramos tenido dos... o tres.

El culebrón de Actium

Dicen los que saben, que la batalla de Actium, aquella que enfrentó en las costas de Grecia a Marco Antonio y Cleopatra contra Octavio, es una de las más decisivas de la historia, porque de que ganaran unos u otro dependía que el meollo cultural, económico y político de Europa se quedara en Roma o se trasladara a Alejandría. El 3 de septiembre del año 31 antes de nuestra era, Marco y Cleo rindieron sus fuerzas ante Octavio y decidieron que, dado lo que les esperaba, mejor irse a criar malvas. La batalla de Actium en realidad fue un cóctel de amor y política que dio inicio al Imperio romano.

Hay que irse un poquito más atrás para entender la que se montó en Actium: Julio César va y se muere. Vale. Marco Antonio se cree entonces el heredero legítimo, pero ¡sorpresa!, cuando se abre el testamento resulta que el heredero de Roma es otro, Octavio. Marco Antonio se mosquea, pero al final acaba pactando con Octavio y, junto con Lépido, forman un triunvirato y se reparten el gobierno de los dominios de Roma. Cada uno en su casa y Júpiter en la de todos.

¿Y qué pasa cuando hay tres jefes de departamento? Que siempre hay uno que quiere ser director general. Octavio, primero echó a

Lépidio, y mientras, a Marco Antonio no se le ocurre mejor cosa que repudiar a su mujer, que encima era hermana de Octavio, y casarse con Cleopatra.

Esto terminó de cabrear a Octavio, que levantó a Roma contra la reina de Egipto. Pero Octavio fue hábil. Le declaró la guerra solo a Cleopatra, y si Marco Antonio se unía a ella, problema suyo. Entonces también él sería enemigo de Roma. Y Marco Antonio picó, porque ya saben que hay un par de cosas que tiran más que dos carretas.

El triunfo de Octavio en la batalla de Actium trajo muchas consecuencias. Primera: Octavio se convirtió en el emperador Augusto y dio por inaugurado el Imperio romano. Segunda: Marco Antonio y Cleopatra protagonizaron unas muertes muy teatrales; lo cual trajo la tercera consecuencia: la película sin la cual jamás se hubieran enamorado Richard Burton y Elizabeth Taylor.

Solo una higuera salió viva

Quien haya visitado El Escorial habrá pasado y paseado por la Galería de Batallas, así que sin más remedio ha tenido que contemplar esa pintura interminable que casi hay que ver con patines, porque mide cincuenta y cinco metros de largo. Es la que representa la famosa batalla de la Higuera, aquella en la que se pegaron castellanos con granadinos, moros con cristianos, el 1 de julio de 1431.

Cómo sería de feroz aquella refriega llamada al principio batalla de Sierra Elvira, que tuvieron que cambiarle el nombre por el de La Higuera, porque lo único que quedó vivo tras la batalla fue eso, una higuera.

La batalla de la Higuera, librada casi a las puertas de Granada, está considerada el penúltimo gran desastre de los granadinos. El último fue la definitiva pérdida de su reino musulmán a manos de los Reyes Católicos. Y aunque fue la reina Isabel la que se alzó con el triunfo definitivo, en realidad fue su padre, Juan II, el que tuvo la victoria a un palmo de sus narices. La historia no entiende que después de haber dejado muertos en el campo de batalla a casi quince mil musulmanes

y de tener a Granada rendida y acongojada, el rey Juan diera media vuelta y se volviera a Castilla.

Los granadinos pensaban que era un chiste, pero lo cierto es que lo único que hizo Juan II fue cambiar un rey nazarita por otro, recoger sus buenos cuartos del nuevo soberano por haberlo sentado en el trono y largarse con viento fresco. Teorías políticas para explicar por qué no remató la faena hay varias: que tenía guerras pendientes contra Aragón, que los nobles castellanos presionaron para abandonar, que faltaban provisiones...

Pero hay otra hipótesis más reciente y científica. El rey se fue por causas naturales, no políticas: por los terremotos. Según recogen crónicas de ambos bandos, en aquellos primeros días de julio la tierra tembló como nunca lo había hecho. De forma «terrible y continuada», se escribió aquellos días. Juan II pensó «a ver si esto va a ser un castigo divino por meterme con los moros», levantó el campamento y se fue a guerrear a tierras más estables.

Asalto a Maguncia

Allá va un episodio que, a simple vista, provoca decir: «Bah... qué interés puede tener un vulgar asalto a una vulgar ciudad». Pero no hay que fiarse, porque lo sucedido el 27 de octubre de 1462 fue la revolución. Esa noche, un príncipe cuyo nombre se nos olvidará de inmediato pero que se llamaba Alfonso II de Nassau, arzobispo para más señas, invadió la ciudad de Maguncia, que está, para situarnos, de la mitad para abajo de Alemania y cerquita de Francia. Aquello solo fue una bronca de las muchas que se dieron en el siglo XV, pero bendita bronca. Fue el detonante para la difusión de la imprenta en Europa.

Maguncia nos suena porque allí nació Johann Gutenberg, y Gutenberg nos suena porque inventó un aparatito, satánico para algunos, que permitió fabricar libros sin tener que copiarlos a mano y uno a uno: la imprenta. Gutenberg no pudo mantener su invención en secreto durante mucho tiempo, y los maguncianos crearon un nuevo oficio,

el de impresores. Así que Maguncia se convirtió en la capital mundial de la impresión de libros.

Tenían la exclusiva porque por algo la imprenta se inventó allí y allí vivía el maestro Gutenberg. Y en estas andaban, cuando el arzobispo de Maguncia decidió que, además de mandar en su Iglesia, por qué no mandar también en la ciudad. El arzobispo ganó, saqueó la ciudad y los impresores hicieron el petate y se largaron a tierras más tranquilas. Con ellos, qué bien, viajaron sus imprentas.

Se repartieron por toda Alemania y de allí saltaron a Europa, lo que provocó que el saber y el conocimiento se hicieran universales. Acceder a un libro impreso en aquel siglo XV debió de ser tan emocionante como cuando entramos en internet por primera vez.

Ni siquiera entonces se supieron medir las consecuencias, y hay datos que lo corroboran. Cuando años después Lutero emprendió su reforma protestante en Alemania, Roma no le hizo excesivo caso. Era un monje alemán y perturbado que acabaría ahogado en sus propias ideas, pensaron las lumbreras eclesiásticas. Pero los papas no calcularon que la imprenta ya se había extendido y aquellas ideas acabaron rápidamente reproducidas en papel impreso y volando de ciudad en ciudad. Y ahora qué... ¿fue o no importante el asalto a Maguncia?

Estudiantes contra mozos en El Escorial

A principios del siglo XX, la Escuela de Ingenieros de Montes estaba ubicada en El Escorial, un pueblo serrano que así, de entrada, suena a señorial y un poco pijo. Por eso extrañó, y mucho, el suceso que se dio el 2 de marzo de 1914, cuando la batalla campal que se organizó entre estudiantes de Montes y mozos del pueblo acabó con dos futuros ingenieros muertos y el asunto presente en todos los periódicos. Los mozos de El Escorial se habían cargado a dos señoritos universitarios. El asunto fue tan gordo que obligó al traslado de la Escuela de Montes a Madrid.

Si alguien se anima a consultar la página oficial de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, el asunto brilla por su ausen-

cia. Cuentan, muy sutilmente, que el traslado de la Escuela fue polémico porque unos querían mantenerla en El Escorial, en un ambiente rural y propicio para la enseñanza forestal, y otros querían llevársela a Madrid para que los alumnos estuvieran incorporados a los ambientes universitarios de la capital. Vale, dicho así queda fino, pero lo que precipitó el traslado no tenía que ver con cuestiones académicas. Es que se habían cargado a dos alumnos y si no los sacaban de allí se iban a cargar a más. La cosa fue como sigue.

Hacía años que mozos y estudiantes se miraban por encima del hombro, porque unos eran señoritos con posibles y los otros, pues eso, mozos del pueblo. En El Escorial, los jóvenes tenían por tradición que cada vez que llegaba el sorteo de quintos, se iban a por todos los forasteros a los que les tocaba hacer la mili y les obligaban a pagar dos pesetas y cincuenta céntimos para celebrar una merienda campestre. Los mozos lo llamaban «la convidá» y consistía en merendar a costa de los foráneos.

Llegó el año en que los estudiantes de Montes se negaron a pagar para que merendaran los mozos, la cosa se enredó de más y aquel 2 de marzo acabaron a palos, tiros y pedradas por las calles del pueblo. El suceso provocó reuniones urgentes de miembros del Gobierno, el envío de policía y guardia civil desde Madrid, y, por supuesto, el cierre de la escuela. O sea, que eso de que el traslado fue una decisión académica, no cuela. Es que los estudiantes y los mozos no se podían ver.

Ayacucho, fin del imperio español

Si hubiera que buscar una frase hecha para definir lo que supuso para el imperio colonial español la fecha del 9 de diciembre de 1824, esa podría ser: «Se acabó lo que se daba». Porque en ese día se produjo la última gran batalla entre independentistas americanos y españoles. Fue la batalla de Ayacucho, en Perú, la que dejó claro que teníamos que hacer las maletas para volver a casa, la que marcó el final del dominio español en todo el continente suramericano y la que hizo que América comenzara a andar sola. ¿Triste? Pues no. Estaba cantado.

La batalla de Ayacucho, en realidad, fue una más de las que ya traían por la calle de la amargura al poderío español en América, pero es la más importante porque fue la última y ya no teníamos ni una sola parcela más que defender. No nos quedó ni un territorio continental.

Hacía más de quince años que el Reino de España batallaba contra los independentistas americanos, y llevábamos clarísimamente las de perder, porque a ver cómo se controla todo un continente a ocho mil kilómetros de distancia. Cuando no se levantaban en México, se levantaban en Venezuela; cuando no, en Chile, y si no, en Argentina. No se daba abasto. Y no nos engañemos. Perdimos contra nosotros mismos, contra la nobleza y la burguesía nacidas en América pero hijas de españoles. No vayamos a creer que fueron los indios los que se levantaron contra la madre patria. Pobrecitos, si no tenían ni poder ni armas.

El poder lo mantenían contra viento y marea los funcionarios españoles enviados desde la Península, mientras que los nacidos en América, aunque descendientes de españoles y de alta cuna, no pasaban de segundones. En pocas palabras: estaban hartos de no tener nada que decir en la tierra en la que habían nacido; hartos del autoritarismo de la monarquía del Borbón, y hartos de que los cargamentos de plata continuaran saliendo rumbo a España.

Estados Unidos ya se había sacudido el yugo inglés y la Revolución Francesa dejó claro que sin un rey se caminaba más ligero. Ahora bien, aquellos hijos de españoles que se quedaron gobernando América no lo hicieron mejor. Lograron la independencia, pero los indios continuaron sin alcanzar la libertad.

Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos»

Qué brasa nos han dado en el cole con la batalla de Lepanto... y cuánta razón tenían, porque la historia del sur de Europa hubiera sido otra si aquella guerra contra el turco se hubiera perdido.

El 7 de octubre de 1571 se armó la de Dios en el Mediterráneo entre las flotas otomanas de Alí Pachá y las cristianas de la Liga Santa. Dicho así parece una guerra de religión, que lo era, pero también entraban en juego otros intereses menos divinos: el ganador se quedaría con el control del Mediterráneo. Digamos que Dios y Alá iban dando la cara, pero que el comercio y el territorio eran lo que de verdad preocupaba.

El imperio otomano, los turcos, se estaban comiendo Europa poco a poco, hasta que el papa Pío V dijo: «Un momento, o hacemos algo o me veo mirando a la Meca». Buscó una alianza con España, con la República de Venecia y con Malta, y entre todos formaron una pandilla llamada la Liga Santa para ir a pegarse contra los turcos. Porque los del turbante tenían planes muy concretos: seguir conquistando plazas en el Mediterráneo y acabar provocando el levantamiento de los moriscos en España.

La Liga Santa se puso de acuerdo y se fue en busca de los turcos a su territorio, al golfo de Lepanto, que estaba en el mapa, para entendernos, justo donde parece que a Grecia se le ha desgajado un trozo de tierra, entre el continente y el Peloponeso.

La batalla fue a lo bestia. Casi quinientos barcos a cañonazos y más de ciento cuarenta mil hombres con arcabuces y espadas. Murieron tantos soldados que los cálculos dicen que se vertieron al mar doscientos mil litros de sangre. Y todo ello entre las siete y media de la mañana y las cuatro de la tarde. Fue la mayor y más sangrienta batalla naval de la Edad Moderna y la que encumbró a don Juan de Austria a la categoría de héroe nacional porque la historia dice que él dirigió el ataque. Ejem... en realidad hubo otros que dirigieron desde la retaguardia.

Al final, ya lo sabemos, ganó la Liga Santa y a los turcos se les desinfló el sueño de someter el sur de Europa y controlar el Mediterráneo. Según palabras de un soldado que participó en la batalla y que escribía muy bien, aquello fue «la más alta ocasión que vieron los siglos». Un soldado que pasó a la historia como «el manco de Lepanto». ¿O fue por el *Quijote*?